



Habemus Papam: Joseph Ratzinger, Benedicto XVI

N.R. Publicamos la homilía que pronunció el cardenal Joseph Ratzinger, siendo decano del Colegio cardenalicio, en la misa que concelebró junto al resto de los cardenales electores "por la elección del romano pontífice" en la Basílica de San Pedro del Vaticano como anticipo del programa de su pontificado.

En esta hora de gran responsabilidad, escuchemos con particular atención lo que nos dice el Señor con sus mismas palabras. De las tres lecturas (Isaías 61, 1 - 3a. 6a. 8b - 9; Efesios 4, 11 - 16; Juan 15, 9 - 14), quisiera escoger sólo algún pasaje que nos afecta directamente en un momento como éste.

La primera lectura ofrece un retrato profético de la figura del Mesías, un retrato que alcanza todo su significado en el momento en el que Jesús lee este texto en la sinagoga de Nazaret, cuando dice: "Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy" (Lucas 4, 21). En el centro de este texto profético, encontramos una frase que, al menos a primera vista, parece contradictoria. Al hablar de sí mismo, el Mesías dice que ha sido enviado "a pregonar el año de gracia del Señor, el día de venganza de nuestro Dios" (Isaías 61, 2). Escuchamos, con alegría, el anuncio del año de la misericordia: la misericordia divina pone un límite al mal, nos ha dicho el Santo Padre. Jesucristo es la misericordia divina en persona: encontrar a Cristo significa encontrar la misericordia de Dios. El mandato de Cristo se ha convertido en nuestro mandato a través de la unción sacerdotal; estamos llamados a promulgar no sólo con las palabras sino también con la vida y con los signos eficaces de los sacramentos "el año de la misericordia del Señor". Pero, ¿qué quiere decir Isaías cuando anuncia el "día de venganza de nuestro Dios"? Jesús, en Nazaret, al leer el texto pro-

fético, no pronunció estas palabras, concluyó anunciando el año de la misericordia. ¿Fue éste quizá el motivo del escándalo que tuvo lugar tras su predicación? No lo sabemos. De todos modos, el Señor ofreció su comentario auténtico a estas palabras con su muerte en la cruz. "Él mismo sobre el madero llevó nuestros pecados...", dice San Pedro (1 Pedro 2, 24). Y San Pablo escribe a los Gálatas: "Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: maldito todo el que está colgado de un madero, a fin de que llegara a los gentiles, en Cristo Jesús, la bendición de Abraham, y por la fe recibiéramos el Espíritu de la Promesa" (Gálatas 3, 13s).

La misericordia de Cristo no es una gracia barata, no supone la banalización del mal. Cristo lleva en su cuerpo y en su alma todo el peso del mal, toda su fuerza destructora. El día de la venganza y el año de la misericordia coinciden en el misterio pascual, en Cristo, muerto y resucitado. Esta es la venganza de Dios: él mismo, en la persona del Hijo, sufre por nosotros. Cuanto más quedamos tocados por la misericordia del Señor, más solidarios somos con su sufrimiento, más disponibles estamos para completar en nuestra carne "lo que falta a las tribulaciones de Cristo" (Colosenses 1, 24).

Pasemos a la segunda lectura, la carta a los Efesios. Afronta esencialmente tres argumentos: en primer lugar, los ministerios y los

carismas en la Iglesia, como dones del Señor resucitado y elevado al cielo; a continuación, la maduración en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, como condición y contenido de la unidad en el cuerpo de Cristo; y, por último, la participación común en el crecimiento del Cuerpo de Cristo, es decir, la transformación del mundo en la comunión con el Señor.

Detengámonos en dos puntos. El primero, es el camino hacia la “madurez de Cristo”, como dice, simplificando, el texto en italiano. Más en concreto tendríamos que hablar, según el texto griego, de la “medida de la plenitud de Cristo”, a la que estamos llamados a llegar para ser realmente adultos en la fe. No deberíamos quedarnos como niños en la fe, en estado de minoría de edad. Y, ¿qué significa ser niños en la fe? Responde San Pablo: significa ser “llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina” (Efesios 4, 14). ¡Una descripción muy actual!

Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en estas últimas décadas, cuántas corrientes ideológicas, cuántas modas del pensamiento... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos con frecuencia ha quedado agitada por las olas, zarandeada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinismo; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice San Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir en el error (Cf. Efesios 4, 14). Tener una fe clara, según el Credo de la Iglesia, es etiquetado con frecuencia como fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, el dejarse llevar “zarandear por cualquier viento de doctrina”, parece ser la única actitud que está de moda. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como última medida el



**Joseph Ratzinger,
Papa Benedicto XVI**

Joseph Ratzinger, se convirtió el 19 de abril en el sucesor número 265 del apóstol Pedro con el nombre de Benedicto XVI.

El hasta ahora decano del Colegio de Cardenales y hasta la muerte de Juan Pablo II prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, nació en Markt am Inn, diócesis de Passau, en Baviera, Alemania, el 16 de abril de 1927.

Su padre era un comisario de gendarmería que provenía de una familia de agricultores.

En los últimos meses de la segunda guerra mundial, Joseph fue llamado a filas en los servicios auxiliares antiaéreos. Terminada la contienda, estudió en la Escuela Superior de Filosofía en Freising y en la Universidad de Munich, por la que obtuvo el doctorado en Teología.

Ordenado sacerdote el 29 de junio de 1951, continuó sus estudios y más tarde comenzó a ejercer la docencia en el seminario de Freising (1957). Fue profesor de Teología en las universidades de Bonn (1959-1963), Munster (1963-1966) y Tubinga (1966-1969) y de Dogmática e Historia del Dogma en la Universidad de Ratisbona, en la que de 1969 a 1977 fue vicerrector.

Con anterioridad, de 1962 a 1965 intervino como consultor del arzobispo de Colonia en el Concilio Vaticano II y constituyó junto a otros teólogos, en Munster, el centro más prestigioso de Teología de Alemania.

Miembro de la Comisión Teológica Internacional, el 24 de marzo de 1977 fue designado por el Papa Pablo VI arzobispo de Munich y Freising.

El 27 de junio de 1977 fue creado cardenal por el mismo pontífice.

En 1981, el 25 de noviembre fue designado, por el Papa Juan Pablo II prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Comisión Teológica Internacional.

Cercano colaborador del Papa Juan Pablo II ha representado al Sumo Pontífice en numerosas ocasiones.

En noviembre de 2002, el Santo Padre aprobó su elección como Decano del Colegio Cardenalicio.

Desde 1992 forma parte, como miembro asociado, de la Academia de las Ciencias Sociales y Políticas de París y es doctor “honoris causa” de numerosas universidades, entre otras, la Universidad Católica de Lima y la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, la Universidad de Navarra y la Facultad de Teología de la Universidad de Wrocław.

Joseph Ratzinger ha escrito numerosos artículos y libros, muchos de ellos han sido traducidos a numerosos idiomas. De sus obras se puede destacar el best-seller mundial, “Informe sobre la fe”. Como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, su servicio más destacado fue su contribución a la redacción del “Catecismo de la Iglesia Católica”, del que ahora estaba preparando una edición breve por encargo del Papa. Ha escrito una breve autobiografía que lleva por título: “Mi vida. Recuerdos (1927-1977)”.

En el pasado Viernes Santo, por encargo de Juan Pablo II, escribió las meditaciones del Vía Crucis que se celebró en la noche en el Coliseo de Roma.

(Ciudad del Vaticano, martes, 19 abril 2005 zenit.org)



propio yo y sus ganas.

Nosotros tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo. “Adulta” no es una fe que sigue las olas de la moda y de la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da la medida para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad.

Tenemos que madurar en esta fe adulta, tenemos que guiar hacia esta fe al rebaño de Cristo. Y esta fe, sólo la fe, crea unidad y tiene lugar en la caridad. San Pablo nos ofrece, en oposición a las continuas peripecias de quienes son como niños zarandeados por las olas, una bella frase: hacer la verdad en la caridad, como fórmula fundamental de la existencia cristiana. En Cristo, coinciden verdad y caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, verdad y caridad se funden. La caridad sin verdad sería ciega; la verdad sin caridad, sería como “un címbalo que retiñe” (1 Corintios 13, 1).

Pasemos ahora al Evangelio, de cuya riqueza quisiera sacar tan sólo dos pequeñas observaciones. El Señor nos dirige estas maravillosas palabras: “No os llamo ya siervos... a vosotros os he llamado amigos” (Juan 15, 15). Muchas veces nos sentimos simplemente siervos inútiles, y es verdad (Cf. Lucas 17, 10). Y, a pesar de ello, el Señor nos llama amigos, nos hace sus amigos, nos da su amistad. El Señor define la amistad de dos maneras. No hay secretos entre amigos: Cristo nos dice todo lo que escucha al Padre; nos da su plena confianza y, con la confianza, también el conocimiento. Nos revela su rostro, su corazón. Nos muestra su ternura por nosotros, su amor apasionado que va

hasta la locura de la cruz. Nos da su confianza, nos da el poder de hablar con su yo: “este es mi cuerpo...”, “yo te absuelvo...”. Nos confía su cuerpo, la Iglesia. Confía a nuestras débiles mentes, a nuestras débiles manos su verdad, el misterio del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; el misterio del Dios que “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (Juan 3, 16). Nos ha hecho sus amigos y, nosotros, ¿cómo respondemos?

El segundo elemento con el que Jesús define la amistad es la comunión de las voluntades. “Idem velle–idem nolle”, era también para los romanos la definición de la amistad. “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15, 14). La amistad con Cristo coincide con lo que expresa la tercera petición del Padrenuestro: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. En la hora de Getsemaní, Jesús transformó nuestra voluntad humana rebelde en voluntad conformada y unida con la voluntad divina. Sufrió todo el drama de nuestra autonomía y, al llevar nuestra voluntad en las manos de Dios, nos da la verdadera libertad: “pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú” (Mateo 26, 39). En esta comunión de las voluntades tiene lugar nuestra redención: ser amigos de Jesús, convertirse en amigos de Dios. Cuanto más amamos a Jesús, más le conocemos, más crece nuestra auténtica libertad, la alegría de ser redimidos. ¡Gracias, Jesús, por tu amistad!

El otro elemento del Evangelio que quería mencionar es el discurso de Jesús sobre llevar fruto: “os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca” (Juan 15, 16). Aquí aparece el dinamismo de la existencia del cristiano, del apóstol: os he destinado para que vayáis... Tenemos que estar animados por una santa inquietud: la inquietud de llevar a todos el don de la fe, de la amistad con Cristo. En verdad, el amor, la amistad de Dios, nos ha sido dada para que lleguemos también a los demás.

Hemos recibido la fe para entregarla a los demás, somos sacerdotes para servir a los demás. Y tenemos que llevar un fruto que permanezca. Pero, ¿qué queda? El dinero no se queda. Los edificios tampoco se quedan, ni los libros. Después de un cierto tiempo, más o menos largo, todo esto desaparece. Lo único que permanece eternamente es el alma humana, el hombre creado por Dios para la eternidad. El fruto que queda, por tanto, es el que hemos sembrado en las almas humanas, el amor, el conocimiento; el gesto capaz de tocar el corazón; la palabra que abre el alma a la alegría del Señor. Entonces, vayamos y pidamos al Señor que nos ayude a llevar fruto, un fruto que permanezca. Sólo así la tierra se transforma de valle de lágrimas en jardín de Dios.

Volvamos, por último, una vez más a la carta a los Efesios. La carta dice, con las palabras del Salmo 68, que Cristo, al ascender al cielo, “subiendo al cielo, dio dones a los hombres” (Efesios 4, 8). El vencedor distribuye dones. Y estos dones son apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Nuestro ministerio es un don de Cristo a los hombres para edificar su cuerpo, el mundo nuevo. Vivamos nuestro ministerio de este modo, ¡como don de Cristo a los hombres! Pero, en este momento, pidamos sobre todo con insistencia al Señor que, después del gran don del Papa Juan Pablo II, nos dé de nuevo un pastor según su corazón, un pastor que nos guíe al conocimiento de Cristo, a su amor, a la verdadera alegría. Amén.

(Misa Celebrada en el Vaticano antes de comenzar el cónclave, 18 abril 2005)